

Carlos Acuña

Sobre la raza

Aparece este artículo sólo ahora rebatiendo una opinión publicada mucho antes, debido a que conoció últimamente el autor de estas líneas, un artículo ya viejo publicado en la prensa.

UN distinguido escritor que figura en la avanzada de nuestra generación literaria de los treinta años—a la cual con lo que ya lleva realizado no podrá aplicarse el pesimista refrán de que *«Cualquier tiempo pasado fué mejor.»*—renovó hace algunos meses el tema de la homogeneidad o heterogeneidad de la raza chilena que tantas veces ha originado polémicas.

Yo no entro a este debate retardado con ánimo de sentar cátedra en un tópicó que con mejores títulos podrá ser resuelto por una comisión de hombres de ciencia, siempre más amigos de los hechos que de las palabras.

Quiero únicamente, como escritor profesional, anotar las observaciones que el tema me sugiere, y que baso en experiencias de visu.

Tiene para mí el debate una gran simpatía. Lamento no tener a la mano el ejemplar de «El Mercurio» en que, todavía adolescente, me esforcé por refutar la aserción de un escritor uruguayo que después de una visita a nuestro país, hizo en la prensa oriental la declaración de que había encontrado en Chi-

le dos razas completamente distintas: la de la clase dirigente y la del «roto».

Contesté en aquella ocasión que, a mi juicio, la raza chilena era la misma en sangre y tipo racial—tomada en su conglomerado, es decir, en su gran mayoría;—que sólo había diferencias de clase, de ubicación social, originadas por causas ajenas al origen racial; y para precisar el concepto di la siguiente definición: *El roto en Chile no es más que el individuo sin cultura, y sin fortuna*, «en la acepción económica».

Hoy sigo creyendo lo mismo que cuando comencé a estampar mi firma al pie de una carilla escrita. Y he reforzado esta convicción con los años vividos, con lo que he observado en diferentes regiones del país y en las distintas capas sociales.

Un individuo con fortuna y sin cultura pasa fácilmente en Chile a ocupar un puesto entre la clase dirigente. Una persona culta, sin fortuna, suele ser incluida entre los «rotos».—Dilema amargo que refuerza nuestro postulado.

Son axiomas que tienen un inmenso campo de comprobación: nombres de personas conocidas llenarían páginas enteras de los diarios. En un círculo reducido—tomando en cuenta la población total del país—bastaría con hojear el registro de socios del Club de la Unión, el Almanaque Gotha Santiaguino.—Esto por lo que hace al aspecto de «clases», de la cuestión.

En cuanto a lo del tipo racial, se requeriría un estudio más científico. Habría que aislar en absoluto el factor fisiológico de la raza, tal como lo hacen los químicos con un solo elemento en un análisis. ¿Y en un estudio de la cuestión, libre de impresiones literarias y de coloridos, de estilos, ajeno a las tentaciones artísticas, al ardor de la imaginación, fuente de belleza en que todos hemos bebido, llegaría un criterio científico a la conclusión de que la raza chilena no es homogénea?

El tipo físico no podemos apreciarlo bajo la mugre, en condiciones de inferioridad para la comparación.—El aseo, el confort, la higiene transforman por completo el tipo humano. Cualquier dueño de casa lo ha observado, en pequeña escala, al tomar un sirviente que venía del campo o del suburbio, sin

ninguna noción de la vida sana, limpia y ordenada. El jabón, la decencia, la holgura, el contacto con un medio más refinado, hacen verdaderos prodigios. Después de eso, el traje y las buenas maneras completan la transformación. Y es así como ya, añadiendo la cultura intelectual, las familias distinguidas de Santiago o de provincias en todas las épocas de la vida chilena, han podido comprobar, constantemente, la ascensión del muchacho, hijo de un inquilino o del sastre o del zapatero, que se ha transformado en médico, en abogado, en hombre de negocios, en político, en un hombre de la clase dirigente.

¿Ha sido alguna vez en Chile obstáculo para la constante renovación de la clase alta el tipo racial inferior, como en Estados Unidos, Brasil o el Perú?

Descontadas las influencias favorables de la civilización, que desbastan y refinan notablemente al individuo, el tipo racial chileno posee una homogeneidad que han reconocido casi todos los observadores extranjeros. Una gira por el país permite comprobarlo plenamente. Aun en provincias que jamás han recibido inmigración extranjera, en comunas completamente alejadas del ferrocarril, como lo hemos comprobado personalmente en las provincias de Curicó, Linares, Maule, Ñuble, abundan las familias de inquilinos, que llevan más de un siglo de servidumbre en los fundos, y en las que es notable el tipo español, casi sin rastros de Arauco, o perfectamente puro. No suele ocurrir lo mismo algunas veces, entre sus patrones, de igual o mayor añejez de origen, pero tal vez con mayor cruzamiento de sangre araucana. Y lo que ocurre en la clase dirigente y en la dirigida de estos fundos, no es tampoco una novedad en la capital de la República. Un pintor o un fotógrafo lo verificarían en nuestros mejores círculos sociales.

No hemos querido, adrede, citar ejemplos de provincias más en contacto con el europeo, no español, venido después de la Independencia y en las que el porcentaje de sangre extranjera es demasiado pequeño para que tenga influencia en la población general del país.

¿Puede ser, entonces, una ilusión de patriotería afirmar que es

homogénea la raza chilena? ¿Qué mal hace esta convicción para el desarrollo nacional o en qué lo ha estorbado?

Yo creo, por el contrario, en la compañía de muchos observadores extranjeros, que debemos la situación que ocupamos en América, muy superior a nuestros recursos efectivos, únicamente a esta homogeneidad de la raza. No da derecho por supuesto a enorgullecerse de ella ni a cantar himnos en que suene la estrella solitaria y otros lugares comunes a los discursos de una sensiblería patriótica de mal tono, que por temperamento nos repugna.

La raza es homogénea: primero, porque a este último rincón del mundo, pobre y hostil, no alcanzó a llegar el río de la inmigración europea que inundó otros países del Atlántico; segundo, porque la raza española, en poco más de tres siglos, desplazó por completo y refundió al elemento aborígen, cuando no lo exterminó; y tercero, porque en esta angosta lonja de tierra, el mar, que en el mundo ha sido la vía magna de la civilización, permitió mejor que en otros países la penetración española.

No es para que nos volvamos locos por esta suma de condiciones favorables.

Yo no desearía hablar de mi persona en este asunto; lo hago únicamente porque añado una observación más. En seis años desfilaron por mi oficina, en la redacción de una revista, visitantes de diversas naciones. Quiero sólo referirme a los de América: he conversado con venezolanos, hijos de Yanquilandia, súbditos de Leguía, colombianos, compatriotas de Río Branco, etc. En algo no han discrepado estos huéspedes, en esas charlas en que los hombres de letras hablan sinceramente como ciudadanos del mundo, y es en reconocer que tenemos una raza muy pareja. Estos turistas no han podido dejar de referirse a que en sus países respectivos hay razas distintas, perfectamente diseñadas, en toda su pureza; y, en la mayor parte de aquellas naciones, con una proporción muy superior de la raza aborígen sobre la raza blanca.

En Chile, no ocurre igual cosa. No es necesario insistir.

Don Adberto Edwards lo impugnaria en el acto con unas cuantas cifras.

Y es a esta homogeneidad, a lo único que debemos nuestros decantados triunfos militares; a que ha sido posible un mayor orden, una mayor seriedad, una mayor disciplina en nuestra vida constitucional. Eso fué lo que triunfó en las campañas del Perú. Lo del valor, patrimonio chileno, es un cuento de viejas.

En lo que estamos de acuerdo con el brillante escritor cuyas opiniones me han obligado a pergeñar estas líneas es en que hay una marcada heterogeneidad en la nación políticamente considerada, una clase dirigente que todo lo absorbe y una clase dirigida que vive en la abyección o en el analfabetismo, en la miseria. Estamos con él en la vigorosa campaña de que está siendo un paladín.

No se escapó a Mr. Root la observación, cuando al regresar a Estados Unidos dijo de nuestro país: «Chile es una oligarquía donde sólo ahora la clase popular comienza a darse cuenta de sus derechos».

Mas, en cuanto a la dichosa heterogeneidad de la raza, vale recordar que, más de una vez, el compatriota que ha viajado ha solido contarnos de regreso con algún rubor:—«Llevamos la marca de la raza; cuando en un cabaret de Paris hemos sentido el golpe de una bofetada y la expresión de *Cambronne*, estamos casi seguros de que ha sido un chileno».

Y es que la agresividad y la incultura sobresalen en un pueblo tan joven, como si estuvieran tan sólo adormecidas bajo el frac. El futre y el roto, hijos de la misma entraña son hermanos asimismo en el gesto.

Es un detalle sugerente.